



MIGUEL VATTER. *DIVINE DEMOCRACY*. OXFORD: OXFORD UNIVERSITY PRESS, 2020. 312p.

En este libro Miguel Vatter defiende la teología política como un modo de abordar la teoría política relevante en la nueva constelación postmoderna y postsecular. Lo es porque nuestro tiempo requiere de una nueva comprensión y reconfiguración de los modos en que la religión y la política se entrelazan en la nueva concepción de la democracia. En efecto, el libro transita del pensamiento político moderno al postmoderno. La mayor parte de los autores a los que da voz Vatter son modernos, sin embargo, establece en cada caso una conexión con otros autores postmodernos que heredan rasgos de los anteriores.

La pregunta con la que se abre el libro es: ¿puede la teología política ser democrática? La pregunta es pertinente en la medida en que quien acuñó la expresión para la teoría política del siglo XX, Carl Schmitt, pareció asociarla al soberanismo autoritario. La tesis de Vatter en este magnífico libro es que una teología política democrática no puede consistir solo en ser anti-soberanista, sino que tiene que mostrar un rostro positivo, es decir, necesita mostrar, cómo es posible transponer ciertos conceptos y enseñanzas teológicas al terreno del derecho y de la política democráticos. Se trata por tanto de disociar la teología política del paradigma schmittiano no negándola, sino afirmándola de otro modo.

Siguiendo esta guía, Vatter muestra cómo los conceptos de representación, derechos humanos universales, gobierno y razón pública, además del de soberanía, tienen raigambre teológica. La presencia de Dios en el mundo secular ya no pivota sobre figuras jerárquicas, como fue el caso de la iglesia católica, el imperio o la nación, sino en prácticas e instituciones políticas propias de las democracias modernas.

La idea de representación adquiere una gran importancia en el libro. Casi se podría decir que, al menos, en la primera mitad de la obra, la gran tesis es que teología política significa representación, entendida como articulación del poder popular. Si no hay articulación o mediación, entonces estamos en el terreno de la anarquía, pero la anarquía no funda.

En el primer capítulo, Vatter comienza su discurso cuestionando el planteamiento schmittiano de la teología política en relación con el concepto de soberanía; y lo hace en diálogo con Kelsen y Hobbes.

En el segundo capítulo, el autor elegido para mostrar las posibilidades teológico-políticas del concepto de representación es Eric Voegelin. Con él, Vatter defiende una concepción de la representación no solo existencial, como, en su opinión, ya lo había hecho Schmitt, sino también simbólica. De ahí que, al final del capítulo, establezca la relación entre Voegelin y Laclau que, por muy extraña que pueda parecer, está bien argumentada.

El tercer capítulo explora el aspecto teológico-político de los derechos humanos y en este caso la figura elegida para mostrarlo es Jacques Maritain. De un modo sin precedentes Vatter hace una interpretación teológico-política del filósofo francés, al que habitualmente vemos como un doctrinario católico. En efecto, tomando pie de la filosofía de Maritain, la interpretación de la divina providencia como dispositivo es una de las geniales asimilaciones conceptuales que nos ofrece este libro. No es menos interesante la asociación de Maritain con Badiou en la parte final del capítulo, a propósito del universalismo.

El capítulo cuarto está dedicado a la gubernamentalidad en la figura de Ernst Kantorowicz. De un modo también innovador, Vatter se centra en la idea del “hombre espiritual” que puede juzgarse a sí mismo y las demás cosas, pero que no puede ser juzgado por nadie como la fundación de la “razón legal”. El capítulo, además de apoyarse en McIlwain para su exégesis, termina con una apostilla sobre Dante y el gobierno de la humanidad, considerado también en *Los dos cuerpos del rey* de Kantorowicz.

El capítulo quinto y último del libro está dedicado al concepto de razón pública y para ello elige Vatter a dos grandes pensadores: Habermas y Derrida que parecen unir sus espaldas por la común filiación con la apropiación por parte de Kant de los contenidos de la revelación en la forma de la realización del más alto bien en una iglesia invisible que consiste en el culto a la humanidad. Una vez más, el aporte del autor consiste en considerar este concepto en términos teológico-políticos. En la discusión de esta idea Vatter incluye las posiciones de Bloch y de Jaspers.

El libro pone de manifiesto el profundo conocimiento de Vatter en muchos registros diferentes del pensamiento político desde la Edad Media hasta la postmodernidad, pasando por el mundo moderno. Es difícil manejar un espectro tan amplio de conocimientos sin error, como él lo hace. Además, en la discusión del libro está recogida toda la bibliografía relevante sobre la cuestión teológico-política del siglo XX. Sin duda, es esta una obra madura, fruto de años de trabajo. No le falta tampoco su conclusión y su posicionamiento: la defensa de un “constitucionalismo republicano politeísta” o de una “religión civil de una anarquía republicana”, que se contrapone al modo

más frecuente de encontrar planteamientos teológico políticos en nuestro tiempo, a saber, la mis-arquía gnóstica.

Montserrat Herrero
Universidad de Navarra
mherrero@unav.es